

OXFORD, LA DE LOS TREINTA FUEGOS

(I) NADANDO CONTRA CORRIENTE

Cuando llega el verano, miles y miles de personas de los países del Norte de Europa cogen sus bártulos y, en todos los medios de locomoción imaginables, se trasladan hacia el sur. Es como una migración en masa, como bandadas de pájaros que se ponen en movimiento al oír cada año en pareja fecha la voz ancestral del instinto.

Por parte de los habitantes del sur de Europa se produce una corriente inversa: salen de sus nidos sureños y se trasladan al norte. Generalmente, empero, nuestra gente media no suele pasar del Lago de Ginebra, del Sena o de los Alpes Bávaros. Aquí reside la diferencia: los del norte llegan hasta los más apartados rincones del sur. Los del sur no suelen alcanzar latitudes extremas.

Por ejemplo; he podido comprobar que el Canal de la Mancha es como una barrera natural que detiene muchos pasos. No en vano en dicho accidente geográfico fían los ingleses para salvaguardar su insularidad mental. Quiero decir que, aun contando con el tremendo dinamismo del hombre cualquiera de hoy, encontraremos muchos más españoles e italianos en Francia que en Inglaterra, en Alemania y Holanda que en Escandinavia.

Tuve la fortuna de contarme entre los relativamente pocos compatriotas que han visitado Inglaterra este verano (Perdón, amigos escoceses: quise decir la Gran Bretaña.) Pero, de hecho, lo que he visitado ha sido una porción de Inglaterra: El South Midland y su centro más famoso: Oxford. Nadando contra corriente, como la trucha y el salmón subí kilómetros a kilómetros, di el salto del Canal, y desde el hiriente verde de la pradera inglesa di en pensar en la corriente atroz de seres humanos que iban descendiendo hacia el sur. Días más tarde, a mi regreso, he podido ver un fabuloso París de calles llenas a rebosar, porque París es el punto de confluencia de las dos corrientes.

Las célebres *rocas blancas* de Dover son exactamente los yesos que hay al otro lado, en Calais. Pero las guías Cook y Baedeker popularizaron ya antes que el cine este curioso rasgo fisionómico de la costa inglesa, y con la fama creada se tumbaron a descansar.

De Londres —entrevisto sólo esta vez— a Oxford, el tren devora la distancia entre un paisaje plano y monótono, de una belleza estática, que hace añorar el quebrado perfil de nuestra tierra. El Támesis no se aleja mucho de la vía férrea y a lo largo de su curso se agrupan pueblecitos ahogados entre las estructuras horribles de las fábricas. Destaco al pasar la mole casi siniestra de la fábrica de gas del Northern Thames. No lejos de los retorcidos tubos y de las chimeneas de las gruas y los tinglados, grupos pacíficos de vacas mueven la cola y un autobús abandonado hace las veces de hórreo junto a las paredes de una granja del tiempo de Guillermo el Conquistador.

Finalmente, Oxford aparece detrás de un grupo de árboles. Emerge lentamente, como surgiendo de las aguas. La aguja de San Martín y Todos los Santos, el gracioso campanario de Christ Church

y la torre inconfundible del Magdalen.

Pero, ya una vez en el corazón de Oxford, he de confesar que, por preparado que el viajero vaya, le resulta abrumadora la cantidad de edificios góticos que se alinean en el entresijo de vías antiguas de la antigua ciudad. No sólo en la High Street, sino en Catte Street, en St. Giles, en Merton, en Broad...

Oxford tiene treinta Colegios, y hay que entender que al decir College se quiere significar Universidad. Cada College no es propiamente una Facultad, sino una reunión de Facultades. La Universidad no tiene edificio, es un cuerpo superior formado por los Principales o Directores de los Colleges, o sea por los Rectores de las treinta Universidades de Oxford. Hablaremos de ello en otro artículo o si a tanto llega el favor de ustedes, reportaje.

Naturalmente, aunque turista en apariencia, debo confesar que iba a Oxford en plan de estudiante. Los cursos de verano se multiplican en todo el mundo y éste de Oxford me tentó. Algún día se escribirá algo sobre la psicología colectiva de los cursillos de verano, pero puedo avanzar por experiencia directa que allí donde se reúnen unos centenares de personas de diversos credos y nacionalidades para una tarea del espíritu, nace enseguida un sentimiento de alta solidaridad, de común entendimiento en valores básicos, cuya proyección directa sobre los espíritus de todos y cada uno de los allí congregados es indudable, positiva.

En Oxford he hecho amistades. Entre los ingleses y entre europeos que estaban en idénticas condiciones que yo. Allí es donde, al margen de simpatías o antipatías, se echaba de ver la fuerza coherente de la lengua inglesa, vehículo para todos nosotros y hebra de enlace. Allí es donde los propios profesores universitarios pasaban revista a las debilidades y quiebras del orgullo inglés, allí es donde se echaba de ver el esfuerzo ingente de una ciudad por mantener un alto rango intelectual cimentado por los siglos.

Pero, en esta fugaz visión de tonos vivos del Oxford que he visto, no puedo dejar de aludir al otro lado de la cuestión: el dinamismo de Oxford y su comarca, centrado en el impresionante cinturón que, a modo de media luna, circunda la ciudad por el Norte, por Wellingdorf y Woodstock y la franja sur del sugestivo Cotswold Valley. Se trata de una concentración industrial de proporciones gigantescas. Es frecuente ver dibujarse sobre el fondo señero de la torre del Magdalen, un camión de sesenta pies de largo cargado de coches. Los «Morris» se fabrican y montan en Oxford y es abundantísima en la población la proporción de obreros y técnicos del automóvil. Así conviven, las piedras color ceniza o vino turbio, las togas y los «monos», la tradición señorial y un tanto altiva con el sentido de lo moderno; y, así, la energía del mundo capitalista resulta, por contraste, más evidente que el hieratismo intelectual. Pero todo ello en una perfecta simbiosis, porque Inglaterra es siempre un ejemplo de convivencia, de discreción.

J. Vallverdú A.

El siguiente reportaje se titulará: «Los Sub-graduados: plazas limitadas».

Ancora Bibliográfica

BARCELONA.- Guiss Noguier

Indiscutiblemente la Editorial Noguer ha sido la que con mejor visión ha logrado editar una larga serie de guías turísticas a través de las cuales se ofrece el máximo conocimiento de la población al visitante. Tenemos ante nosotros la Guía de Barcelona que es fiel reflejo de cuanto exponemos. Una presentación impecable en un formato muy manejable, dá la primera impresión de agradabilidad. En su interior encontramos, además de los datos estadísticos e históricos, y de la guía de monumentos y lugares típicos, interesantes fotografías que destacan las bellezas más singulares de la capital catalana. Asimismo el texto es ameno en grado sumo y en él se nos habla incluso de los platos gastronómicos más singulares de este gran puerto del Mediterráneo, al que acuden a diario visitantes de todos los países. O sea que no se deja aspecto alguno por tratar. La guía es completa y eficiente y en ella se encuentra sabiamente resumida toda la gran ciudad.

E. G. S.